



Las tendencias del arte moderno, sobre todo las más recientes, suelen colmar el desconcierto de los sensatos y los equilibrados. Y aun los mismos artistas no consiguen librarse del universal desconcierto, arrastrados por emulaciones tan aclamadas y aún vigentes como las del español Picasso o el músico Schoenberg. En las grandes épocas del arte, así fuera en Grecia o en Florencia, lo ordinario era la comprensibilidad. En lo que respecta al campo de las letras, es de todo punto válido que aquél que domina por estudio, disciplina e intuición la métrica, consiga aciertos de versificación irregular, siempre guiado por su maestría. Pero solamente éste y de ninguna manera el que no posee este dominio. En el mismo caso está todo artista que supera el dominio de la técnica, y cuenta además, con todos aquellos recursos que asisten al genio.

Ante el vasto mundo de los valores el artista no podrá proceder a su capricho, si quiere salvarse o, por lo menos, cifrar su verdadero mensaje. Porque los valores le preceden, le son contemporáneos y le sobrevivirán. Ellos gobiernan al artista de una manera más rigurosa que según aquella con que el artista goberna la técnica. Por ende el más poderoso de los genios nunca podrá subvertir los valores, como, pongamos por caso, peinar una dama calva con una máquina de escribir.

Es incuestionable que todo en este mundo es expresable: la lluvia que fecunda, el vuelo del ave, el nacimiento de la mariposa. Que todo lo que existe alcanza su expresión a través del idioma del ser humano por modo único y exclusivo. Y lo que es expresivo lo es sólo por lo que hay en él de relación, de orden, de congruencia, de concierto, respecto a este mundo.

Así pues, un pintor puede pensar la cosa que quiera, y pintarla tal como él quiera, siguiendo, acaso, la receta de Guillermo Apollinaire; pero sólo valdrá en la medida en que determine relaciones, establezca armonía, estatuya equilibrios.

Ahora que parar un caballo errante sobre un huevo frito y ponerle por ojos dos ramos de violetas, también podrá hacerlo; pero es aventurado asegurar que por razón de estas dislocaciones habrá de elevarse por sobre todos aquellos que sin curarse de espantar a nadie con estas ocurrencias, prefieran poner las violetas sobre los búcaros, los huevos fritos en la sartén, o los caballos en sus establos o junto a las carretas como se ve en los cuadros de los holandeses.

No hay por qué abrigar desconfianza en que las sensuales manos de Mona Lisa lleguen a sentirse humilladas por esas otras

manos atrozmente novedosas, parecidas al varillaje de los paraguas, que ahora son el pan de cada día. Pero sí hay razones para afligirse un tanto por el estado de salud de aquél a quien el mundo sólo ofrece imágenes enrevesadas, que no por la llaneza del que contempla jubilosamente mujeres con sólo cosas de mujer, tardes lluviosas en el estío o mesas aldeanas decoradas con manzanas como lo hacía Pablo Cezanne.

Del mundo de los sueños ni hablar, pues ya se sabe que soñando no es fácil convencer a otro de que sueña, y que de los sueños es propio que uno casi se olvide al despertar, y que, por tanto, resulta harto excusable lo inane e intrascendente de los sueños como trasunto artístico.

En literatura, a Dios gracias, no tienen mayor interés estas muestras de inconsistencia espiritual. Y el tiempo ha barrido sin dejar huella cosas como esta:

“Y mi voz, que madura  
y mi voz quema dura  
y mi bosque madura”.

Correspondiente a un conocidísimo poeta hoy difunto.

Pero las artes plásticas van de mal en peor. No hay para qué decir que en este país, la pintura, en relación con las letras lleva un considerable atraso. Ciento es que al decirlo se corren ciertos riesgos, pues las promociones últimas, aún no son debidamente conocidas. Desde luego no falta quien prefiera seguir sendas más llanas; que en sus dominios ya no se confunde la profundidad con la incomprensibilidad, la originalidad con las manías, la libertad con el desbarajuste, que no admite la falta de maestría y que no se escuda en el menosprecio hacia las reglas. Pues éstas cuando son legítimas, no son, como se dio en decir, cortapisas arbitrarias y estorbosas; sino el denominador común encontrado invariablemente en todos los grandes artistas; o sea, aquello a que todos ellos llegaron guiados por su buen instinto, sin programas previos o convenciones de grupo. De todo ello es un magnífico ejemplo José Julio Rodríguez. En él se adunán el juicio sano del artista con el buen sentido del hombre.

José Julio debió en los días de su iniciación, sentir cómo se le planteaban las interrogaciones que forzosamente se hace cualquiera que ve ante sí varios caminos, y quiere cerciorarse de cuál es aquel que habrá de conducirle a las realizaciones más fértiles.

Muchos hay que se aventuran en la marcha aun antes de atisbar, bien a bien, lo que

habrán de hacer. En las obras de éstos, durante largo trecho, se percibe claramente el balbuceo, y muy frecuentemente el balbuceo permanece y no llega a desaparecer del todo en ninguno de sus trabajos subsecuentes. Hay algo en ellos de tanteadores, de aventureros.

En los dibujos, en los grabados, en las raras pinturas de José Julio no se advierte jamás nada semejante. Un arquitecto lo comparaba al ciprés olímpico. Hay que ver los textos de las críticas relativas a sus exposiciones personales:

"La obra de José Julio Rodríguez se ofrece al espectador como uno de los más felices productos de una vocación certera y de un temperamento vigoroso. Dentro del inmenso campo de las artes visuales no parece haber titubeado este joven artista" (A. Castro Leal. 1946).

"Se nos ocurre que este artista, conociéndose, escoge la técnica del grabado como medio de expresión estética, con el propósito de evitar un desbordamiento de su sensibilidad, que así queda sujeta a los innumerables problemas técnicos que tiene que resolver en cada milímetro de labor". (Luis Islas García. 1946).

"La madera, así sea de boj, se domeña bajo el punzón de sus herramientas y habla y canta lo que él le ordena con estilo de una elegancia que no es necesario poner de relieve, porque está ahí a la vista. Las excelencias con que vela parcial y sutilmente sus grabados, lo muestra como un gran maestro. Todas las perfecciones que antes conocimos, aquí las vemos igualadas, y muchas de ellas superadas por completo". (José G. Zuno. 1954).

"Artista auténtico que ha sabido guardar como preciado tesoro, un estilo propio, vigoroso y fino que lo distingue e independiza de sus demás colegas, demasiado prendidos a la sombra del buril de J. Guadalupe Posada, o al brillo de la técnica de Leopoldo Méndez.

El dibujo preciso, definido y claro de este mexicanísimo grabador, posee, además, la elegante cualidad de la sencillez; no hay complicaciones en su línea, surge limpia de trucos, libre de prejuicios, no se enredan a ella ni banderas políticas, ni hay en su expresión gestos teatrales.

Las luces y las sombras de sus xilogravías nacen y viven en mundo sin disfraces, son —por decirlo así— hijas naturales del día y la noche, de la vida y la muerte, ritmando con el constante devenir humano". (Raúl Uribe. 1954).

Ciertamente, como ya lo apuntaba uno de sus críticos, José Julio es de las raras per-

sonas que saben poner los ojos certeramente sobre sí. Nadie nace hecho, actualizado; José Julio no tiene por qué haber sido una excepción; es sólo algo más, uno de esos meritísimos "hombres de espera" de que habla Baltasar Gracián. No se lanzó al camino antes de asegurarse de lo que podía y, en consecuencia, debía hacer.

El hecho de haber escogido, entre todas las artes plásticas, la del grabado, no fue sólo un mero deseo preponderante, sino una atinada determinación. Por tanto su primera exposición de grabados en el Palacio de Bellas Artes obtuvo el general aplauso.

Para cualquiera otro habría sido más fácil sumarse a las corrientes en boga, entonces —y siempre— tan a propósito para hacer salir a flote a los audaces y a los repentistas; esto es, a los que careciendo de la paciencia necesaria para disciplinarse, se convirtieron a la fama, salvando el tiempo del aprendizaje.

Yo no vivo muy al tanto de las fechas; pero, desde la primera exposición de José Julio, hasta la fecha, pueden haber corrido bastantes años. Desde entonces ya se vio en él a un artista hecho, a salvo de todas las peligrosísimas corrientes. Ya era este un indicio muy importante de su gran sinceridad y fortaleza.

Por el austero camino —y poco concurredido por el vulgo— que ha escogido, no ha tropezado, por fortuna, ni con Dalí, ni con Picasso, consiguiendo algo que es mejor: la autenticidad y la originalidad.

Efrén Hernández







